

## Del estereotipo al mono exótico

### *Gramática pura*

JUAN FERNANDO HINCAPIÉ

Rey Naranjo Editores, Bogotá, 2015,  
212 pp.

Mire, persona media; mire, oficinista; mire, colombiano: si anda usted dubitativo con respecto a este libro, que si le gusta, que no, que solo algunas cosas, que esta señora habla muchas pendejadas, dese por bien servido por enterarse del significado de esta palabra, que muchas personas, lo he padecido a lo largo de mi vida, usan como barbarismo por “grande, descomunal”. En realidad la palabra sendos (no existe en singular) establece una relación de “cada uno”: (p. 198)

Hacia el final de *Gramática pura*, aparecen estas líneas en un pie de página. Cuando las leí, hice una nota al margen para acordarme de empezar esta reseña con ese fragmento, ya que describe el estado dubitativo en que me encontraba al llegar a ese punto. Habiendo terminado la novela, puedo decir que dejé de dudarle y que me gustaron “solo algunas cosas”. No es que la narradora diga “muchas pendejadas”, pero repite lugares comunes y estereotipos que esperaba encontrar desarrollados de una manera nueva o crítica. No es cierto que la literatura sea un reflejo de la realidad, eso solo sucede en los casos más pobres. La idea aristotélica de que la literatura es una representación significa algo muy distinto: no que sea un reflejo, sino una *re-presentación* que nos muestra lo mismo de manera diferente, que nos permite tomar distancia y relacionamos con la realidad desde otra perspectiva. La mejor literatura siempre es “un acontecimiento entre lo dado y lo posible”, como señaló en una entrevista el poeta Paul Celan. Pero esta novela solo se concentra en lo dado.

En el libro, Emilia Restrepo Williamson, una arrogante joven bogotana de clase media alta, con un sentido del humor políticamente incorrecto, relata su vida desde que terminó el colegio hasta que se convirtió en

profesora de inglés, administradora de empresas y novia de Esteban. En el marco de la narración, vemos cómo Emilia desarrolla una verdadera pasión por la gramática mientras su relación con el resto del mundo, menos con unas pocas personas cercanas, está mediada por la conveniencia y la indiferencia.

El libro se define a sí mismo como la combinación entre un manual de gramática y una novela. Uno de sus logros es que utiliza esta relación para organizar el relato. Al concentrarse en explicar los tiempos verbales, la historia se organiza partiendo de una estructura temporal que no se reduce a describir de manera lineal las acciones y experiencias de Emilia, sino que también le da un carácter temporal a la relación estrecha entre el lenguaje y el universo interior. Como si la red de lo que sentimos y experimentamos se pudiera desenmarañar a partir de las relaciones entre el tiempo y los nombres que la gramática le asigna y desglosa. De este modo, los títulos de los capítulos son simultáneamente poéticos, ingeniosos y tragicómicos: “El condicional es una suerte de futuro del pasado”, “El pretérito casi nunca es perfecto, pero a veces...”, “El presente no debería representar ningún problema”, y “La parte del subjuntivo”.

No sé si la incorporación del género “manual de gramática” sea simplemente un recurso narrativo para estructurar la novela, o si la intención es que el libro realmente cumpla con esa función. Si se trata de lo primero, funciona muy bien. Si se trata de lo segundo, como lo sugiere el título, me temo que el libro fracasa, pues las lecciones de gramática no terminan de encajar del todo. A medida que la novela avanza, las lecciones se vuelven cada vez más esporádicas y, cuando aparecen, interrumpen la narrativa. En otros momentos, las lecciones de gramática están demasiado supeditadas a la narrativa, se mencionan como por casualidad, y oír la lección implica aguantarse el tono arrogante de la narradora, aunque “una” sí aprenda algunos datos curiosos sobre las palabras que solemos usar en el día a día. Como Emilia es profesora de inglés, el libro también arroja información sobre palabras y gramática de ese idioma, una decisión desafortunada

para combinar ambos géneros, pues lo mínimo que se espera de un manual de gramática es que se limite a un idioma; si no, y es breve como este, no es una técnica muy efectiva.

A veces las reflexiones de Emilia intentan reconocer los problemas de género en el lenguaje, pero al final terminan reproduciendo un lenguaje excluyente. Al principio de la novela, Emilia nos informa que el artículo indeterminado femenino “una” está permitido y que las mujeres casi nunca lo usamos porque creemos que no. Pero hacia el final, a propósito de una frase en la que utiliza “uno”, explica que: “el *uno* en este caso es mayoritariamente masculino, es por eso que lo uso. Las chicas también jugamos [videojuegos], que no se crea que no, aunque no de manera obsesiva y rara vez después de la preadolescencia” (p. 218). En este momento reproduce una forma de pensar machista, ya que caracteriza un juego como algo mayoritariamente masculino para justificar el uso del “uno”, sin tener en cuenta que estas clasificaciones llevan a la reproducción de prácticas sociales que hacen que al final las chicas no jueguen videojuegos “de manera obsesiva (...) después de la preadolescencia”.

Aquí emerge una duda que me acosó a lo largo de la novela: ¿es Emilia quien piensa así? ¿Será Hincapié? Trato de poner la carga de todos los prejuicios y estereotipos en ella, en el hecho probable de que Hincapié quisiera inventar un personaje desagradable para criticar lo que representa. Pero el que estos estereotipos no se traten de manera crítica, el que pueda ser chistoso para el lector que Emilia diga: “No soy una de esas machonas siempre bien informadas sobre el balompié, palabra correcta que pocos usan” (pp. 36-37)... ¿qué significa? No sé cómo responder estas preguntas, pero me distancian de un libro en el que lo más imaginativo es el reto que asume el autor de inventarse a una mujer y desarrollar una importante fase de su vida: la transición de la adolescencia a la adultez. Este es un reto válido para un hombre, y requiere de mucho valor, pero exige una conciencia crítica que no encuentro en la novela.

Hay otros momentos de *Gramática pura* en los que la narradora hace ob-

servaciones sobre la cultura colombiana, sobre todo bogotana, desde otras perspectivas: expresiones coloquiales, formas de bailar, convenciones sociales, etc., que son muy divertidas, pese a que no dicen nada que uno no haya comentado con amigos extranjeros o con turistas que visitan Colombia; o que incluso leemos en internet bajo una entretenida entrada de colombianismos; una lista que, si no existiese, podría crearse con base en este libro. Lo que está en juego es una mirada colombiana que se desdobra para mirar lo colombiano, porque probablemente ha vivido lejos o se ha acercado a personas de otros países y culturas. Esta mirada desdoblada deja su huella a lo largo del texto, y estimo cualquier esfuerzo por salirse de sí en la escritura.

Si se trata de diagnosticar qué pasa con esta novela, de pronto es que padece una suerte de bipolaridad: por una parte, los juicios de Emilia sobre el “colombiano promedio” son demasiado obvios; por otra, sus lecciones de gramática y vocabulario se expresan en un tono de superioridad, como si el lenguaje fuera un mono exótico que domesticó y ahora trae de gira. Las anécdotas de Emilia, por fortuna, hacen reír algunas veces.

**Tania Ganitsky**